

aquella popularidad que gozó exclusivamente por tantos años, y á la cual debía en gran parte su prestigio é influencia, no por efecto de su conducta en lo que merecia juicio severo, sino en lo que á nuestro parecer no lo merecia, pues al aceptar un título de nobleza produjo un clamor general de indignacion. Ningun título empero estuvo mejor adquirido, ni tampoco ningun hombre de Estado tuvo más necesidad del reposo y sosiego de la Cámara de los Lores. Pitt envejecia, no tanto por efecto de los años como de las enfermedades; en muchas ocasiones, con riesgo inminente de la vida, cumplió sus deberes parlamentarios; pero durante la legislatura de 1764 no pudo ni una sola vez tomar parte activa en los debates, y como tampoco se hallaba en estado de asistir todas las noches al Parlamento, nada más natural que su deseo de pasar á la Cámara alta, tranquila y ociosa comparada con la de los Comunes. Pero el pueblo inglés no tuvo en cuenta estas consideraciones tan atendibles, y los mismos que lo habian amado y honrado cuando lo apellidaban el gran burgués, fueron los primeros en lanzarle acerbas y ruidosas invectivas al verlo convertido en conde de Chatham. Lóndres le habia permanecido fiel á pesar de todas las vicisitudes y contratiempos de la fortuna. Cuando supieron los habitantes de la gran ciudad que S. M. le habia escrito llamándolo; que celebraba conferencias con el Rey en Richmond, y que se acercaba la hora de que fuera primer ministro, no cupieron en sí de júbilo é hicieron preparativos para celebrar fiestas é iluminaciones, y ya estaban los vasos y farolillos dispuestos en las fachadas de los monumentos, cuando publicó la *Gaceta* el decreto haciéndolo conde. El entusiasmo acabó en aquel punto, se dió contraór-

den para los festejos y se descolgaron los aparatos de la luminaria. Los periódicos iniciaron el ataque, y entónces, al sentirse hostigada la opinion pública por la prensa, el tumulto no tuvo limites, llenándose de libelos las librerias, y siendo los más infamantes y calumniosos de éstos los que inspiraba el mal espíritu de lord Temple. Se hizo de moda comparar los dos William: el William Pulteney y el William Pitt: ambos, decian las gentes, habian adquirido grande ascendiente así en la Cámara de los Comunes como en la nacion por su elocuencia y su patriotismo simulado; ambos recibieron el encargo igualmente de reformar el Gobierno; pero ambos tambien se dejaron seducir del brillo de coronas condales en la cumbre del poder y en el apogeo de la popularidad, y al ser creados títulos se tornaron en objetos de aversion y menosprecio para el pueblo que ántes los idolatraba.

Estos clamores contra Mr. Pitt trascendieron al exterior é influyeron mucho en las relaciones de Inglaterra con las demas potencias; porque su nombre, que habia producido siempre maravillosos efectos en Versalles y San Ildefonso, perdió toda influencia, como que las Córtes extranjerias recibieron juntamente las nuevas de su entrada en el poder y de su impopularidad y desprestigio. Al perder el amor de sus conciudadanos, nadie lo temió ya en el extranjero, y fué inútil y en vano que los embajadores de la Gran Bretaña intentaran emplear como exorcismo el nombre de Chatham.

Las dificultades naturales que se oponian á la marcha de lord Chatham por efecto de la impopularidad en que cayó, se aumentaban cada dia por efecto de la manera despótica y soberbia que usaba con cuantos lo rodeaban. Lord Rockingham cuando

subió al poder procedió mesurada y discretamente; mostró el deseo de ver á los nuevos gobernantes adoptar los principios de sus predecesores, é intervino para impedir que muchos amigos de la situacion pasada presentaran las dimisiones de sus cargos, logrando así recabar, entre otros, de Saunders y de Keppel, oficiales de gran mérito, que permanecieran en el Almirantazgo, donde prestaban importantes servicios. Lo propio sucedió en la casa Real, pues el duque de Portland continuó ejerciendo el oficio de lord gentil-hombre. Mas al cabo de tres meses, las altanerías de lord Chatham habian herido de tal modo á todos, que ninguno estaba en su puesto; que si en el despacho de S. M. empleaba términos corteses y penetrados de urbanidad, en el ejercicio de sus funciones, con sus colegas y cuantos se le acercaban, era modelo de incivilidad y tiranía, como que los demas ministros se le antojaban meros escribientes encargados de los asuntos navales, rentísticos ó diplomáticos. ¡Cuánta no sería la brutalidad de su proceder cuando Conway, el tímido, irresoluto y bondadoso Conway, exasperado de la conducta de lord Chatham, llegó á decir que nunca se vió fuera de Constantinopla despotismo como el suyo, y que no sin pena logró disuadirlo Horacio Walpole de presentar la renuncia de su cargo y de volver despedido á las filas de lord Rockingham!

Con el auxilio de los Bedford se habia propuesto llenar Mr. Pitt la brecha que dejaron abierta en él al retirarse los de Rockingham; pero no podia tratarlos como á los demas partidos, y en vano fué que hiciera ofertas importantes á varios individuos del grupo, en la esperanza de separarlos del tronco principal, porque nada quisieron oír si no se hacian

extensivas á la colectividad en masa. Cierto es que hubo fluctuaciones y disputas entre ellos; mas tambien lo es que al cabo prevalecieron los consejos sagaces y prácticos de Rigby, á virtud de los cuales determinaron permanecer unidos y manifestar categóricamente á lord Chatham que si no tomaba la fraccion entera, no conseguiria ninguno de sus individuos aislado. El suceso demostró la prudencia y alcance del consejo, y que aventajaban en habilidad política á todas las agrupaciones de su tiempo, porque al cabo de pocos meses ya se hallaban en el caso de dictar la ley.

Fué la medida pública más importante del Ministerio de lord Chatham su célebre intervencion en el comercio de los cereales. Porque como la cosecha hubiera sido mala y los precios subieran con exceso, creyó necesario tomar sobre sí la responsabilidad de prohibir la exportacion de granos, medida que al reunirse las Cámaras fué atacada por inconstitucional, defendiéndola el Gobierno á título de absolutamente indispensable. Al cabo se llegó á un acomodo, y el Parlamento votó un acuerdo concediendo cierta indemnizacion á los perjudicados á consecuencia del embargo.

Las primeras palabras que Chatham pronunció en la Cámara de los Lores fueron enderezadas á defender su conducta en el asunto de los cereales, y habló con aquella mesura, dignidad y calma que tan ocasionadas son al auditorio á quien se dirigia. No estuvo circunspecto en igual grado al pronunciar su segundo discurso; y olvidando el lugar en que se hallaba, increpó á las diversas fracciones aristocráticas que allí tenian asiento con una rudeza y arrogancia á la cual no estaban acostumbrados los pares, y con tono y ademan que ántes convenian á las

asambleas numerosas y turbulentas que al cuerpo en que acababa de ingresar. Esto fué ocasion de un debate animado, en el curso del cual se le dijo de una manera categórica que la nobleza de Inglaterra no consentiría en modo alguno ser tratada sin la consideracion y el respeto que merecía.

Pero llegó un momento en que comenzó á ser notorio á todos el desequilibrio de sus facultades. Porque como le llamara por entónces la atencion el engrandecimiento territorial de la Compañía de las Indias orientales, y se propusiera someter á las Cámaras el asunto, comenzó por negarse á conferenciar con sus colegas acerca de él, siendo en vano que Conway, encargado de la Cámara de los Comunes, y Townshend, responsable de la gestion rentística, le pidieran, y le rogaran como gracia, siquiera un rayo de luz en orden á sus proyectos, pues sus contestaciones fueron evasivas y misteriosas, dejando entrever que no podia ni debía discutir el caso con ellos, ni necesitaba de su auxilio, toda vez que ya tenía escogida y designada la persona que hubiera de apoyar sus medidas en la Cámara baja. Referíase con esto Mr. Pitt á un individuo del Parlamento que no formaba parte del Gobierno, á quien la Cámara no gustaba de oír; que tampoco lo merecía, demagogo bullicioso, envaneido de sus bienes de fortuna, ignorante además, y cuyo inglés no nada culto y cuyas citas latinas, dichas de una manera que sólo era parte á mostrar que ni áun tenía la más leve nocion del modo de pronunciar la lengua de M. Tulio, eran objeto de las sátiras periodísticas cada vez que hacía uso de la palabra. Este personaje no era otro que el concejal londinense Beckford. Fácil es darse cuenta del efecto que producirían estos procedimientos anómalos y extraños

entre los hombres políticos. La *City* se sintió presa de grande agitacion; la Compañía de las Indias orientales invocó la fe de sus capitulaciones; Burke pronunció discursos vehementísimos contra el Ministerio, y los ministros se miraban unos á otros sin saber qué hacerse. En medio de tanta confusion y desórden dijo lord Chatham que adolecía de la gota, y se retiró á Bath en busca de alivio. Avisó poco despues que ya estaba mejor, que volvería y todo entraría en su cauce; despues señaló el dia de su llegada, y cuando los suyos lo esperaban supieron que apénas apeado en la *Hostería del Castillo*, de Marlborough, se cerró en su alcoba con propósito de no salir de allí en algunas semanas, como así sucedió en efecto. Durante su estancia en aquel lugar, cuantos pasaban por la vivienda de lord Chatham quedaban sorprendidos viendo el número tan considerable de criados y lacayos de librea que poblaba la posada, con ser una de las más grandes de Inglaterra, y que circulaban por las calles del pueblo, siendo el hecho que habia exigido el inválido lord, no bastándole su servidumbre, que todos los mozos y palafreneros de la hostería trajeran puesta su librea mientras estuviera en ella.

Los colegas de Pitt estaban desesperados. El duque de Grafton propuso que fueran todos á Marlborough á fin de consultar el oráculo; mas hubo de renunciar al proyecto, sabedor de que lord Chatham no se hallaba dispuesto á pláticas políticas. Entretanto, aquellas fracciones que habian quedado excluidas del poder, tales como los Bedfords, los Grenvilles y los Rockinghams se unian con el propósito de combatir al Gobierno vacilante cuando se discutiera y votara la contribucion territorial, acuerdo en que los apoyaban casi todos los repre-

sentantes de los condados, merced á lo cual obtuvieron, llegado el caso, mayoría considerable. Aquella fué la primera derrota sufrida por un gobierno en la Cámara de los Comunes con ocasion de un asunto importante desde la caída de sir Roberto Walpole. Pero si se hallaba reciamente combatido el Gobierno por adversarios de fuera, no eran por cierto sus enemigos exteriores los que más en peligro ponian su existencia, sino las disensiones intestinas. Porque, cuando se formó, como no tuvo por base un principio determinado, cualquiera que fuese, sólo pudo ser eficaz á evitar que vinieran á las manos desde el primer día los diversos contingentes, hostiles todos unos á otros, que lo componian, el prestigio y la influencia de Pitt; pero al relajarse y desaparecer uno y otra cundió la desunión y la discordia y la lucha. Conway, por ejemplo, militar bizarro en el campo de batalla; pero en la vida civil el más irresoluto y pusilánime de los hombres, temeroso de disgustar al Rey, temeroso de ser blanco de las críticas acerbas del periodismo, temeroso de pasar por rebelde si salía del Gabinete, y de pasar por interesado si continuaba en él, temeroso de todo, hasta de que lo creyeran temeroso de algo, iba como un volante de la raqueta de Horacio Walpole, que deseaba verlo primer ministro, á la de lord John Cavendish, que deseaba traerlo á las filas de la oposicion. A su vez Carlos Townshend, hombre de claro talento, de principios no nada sólidos y de vanidad y presuncion sin límites, no queria someterse á nadie. Hasta entónces no habia manifestado nunca toda la extension de su mérito, ni de sus ambiciones, ni de su arrogancia, porque lo contuvieron el orgullo y el ingenio de Mr. Pitt, pero al pasar éste á la Cámara de los Lores dejando de parecer

en la de los Comunes y advirtiendo en él aquellos indicios pracsurosos de las abdicaciones, comenzó á sacudir el yugo que lo sujetaba.

Así las cosas, llegó lord Chatham á Lóndres. Lo mismo hubiera sido que prolongara su estancia en Marlborough, porque se negó á recibir á todos, y aún más resueltamente á tratar de asuntos políticos: el duque de Grafton le rogó con vivas instancias que le concediera una entrevista de una hora, de media, de cinco minutos á lo ménos; pero en vano: el Rey mismo y con insistencia vino en rogarle tambien y en reprenderle por su conducta para obtener idéntico resultado. «Vuestro deber, le escribió, vuestra propia honra exigen de vos un esfuerzo;» pero las respuestas que daba Chatham á estas excitaciones, por lo general escritas de mano de su mujer y dictadas por él, pues ni fuerzas tenía para tomar la pluma, estaban reducidas á decir que se ponia respetuosamente á los piés de S. M.; que no sabia cómo agradecer á S. M. las grandes y señaladas muestras de afecto que dispensaba á su ministro, el más desgraciado de los hombres, y que tuviese todavia con él cierta condescendencia, porque no podia ocuparse aún en los negocios públicos, ni ver á sus colegas, ni mucho ménos tener una conferencia con S. M., pues la emocion lo acabaria.

Algunos entendian que todo esto era estudiado y efecto de haber reconocido su falta; que habia perdido para siempre la reputacion de hombre de Estado, y con ella su inmensa popularidad; que, ciego de orgullo, acometió una empresa superior á sus fuerzas, y que, no viendo ya en toda ella sino humillaciones y peligros, forjaba dolencias para eludir las contrariedades que no tenía valor de arrostrar. Pero aún cuando estas suposiciones parecieran

verosímiles, supuesta la debilidad de su carácter, carecian de fundamento en aquella ocasion. Porque ántes de ser primer ministro Mr. Pitt, ya dijimos que no gozaba de la plenitud de su inteligencia, y en los momentos de su vida que narramos, por efecto de funesto concurso de causas físicas y morales, el desórden de sus facultades era completo. La gota, martirio de su existencia, cedió á remedios enérgicos, y entónces por primera vez desde los dias de su juventud consiguió pasar meses enteros sin sentir una punzada; mas en cambio del alivio de sus manos y piés adolecia de los nervios. Se tornó melancólico, caprichoso é irascible; y como la situacion política era grave y más todavía su responsabilidad, y se hallaba convencido de sus errores, y sus colegas estaban desunidos y discordes, y la opinion clamaba contra él, desmayó su espíritu. Sólo una cosa, decia el desgraciado ministro, seria eficaz á salvarlo: el retiro de Hayes. Lady Chatham corrió en busca del nuevo propietario, y no sin gran trabajo y muchas súplicas y lágrimas recabó de él la finca. Chatham al verse en su antigua casa pareció más tranquilo; mas no por eso se podia tratar de política ni asuntos relacionados con el Gobierno delante de él, porque toda su actividad y grandeza de alma de otro tiempo se habian trocado en un modo de ser propio solamente de mujeres histéricas, como que la menor cosa lo estremecia y arrasaba en lágrimas sus ojos.

Esperaron en vano sus colegas que al cabo se restableciera y abandonara el retiro donde se habia recogido, pero los meses se sucedian á los meses, y él continuaba en misterioso alejamiento de todo y escondida soledad, sabiéndose no más que se hallaba por extremo abatido. Al cabo cesaron de

aguardar su vuelta y de temer la menor cosa de su parte; y áun cuando tenia y conservaba el título de primer ministro, adoptaron sin escrúpulo ciertas medidas diametralmente opuestas á todas sus tendencias y opiniones, aliándose á quienes habia proscrito, proscribiendo á quienes más amaba, é imponiendo contribuciones á las Colonias, á pesar de cuanto con tanta energia manifestó recientemente.

Cuando hubo pasado lord Chatham cerca de veintin meses en su apartado asilo de Hayes, recibió el Rey carta de puño de lady Chatham, dictada por su marido, en la cual pedia permiso á S. M. para desenvolver el Sello privado. No sin apariencias de cortés vacilacion, admitió el Rey la renuncia del primer ministro. A decir verdad, tan olvidado se hallaba entónces Pitt, como si ya estuviera muerto y enterrado bajo las bóvedas de Westminster.

Y ¡cosa singular! las tinieblas que velaron su poderosa inteligencia comenzaron á disiparse, acabando por desaparecer completamente. Volvió la gota y su tormento, y con ella quedó libre de la enfermedad más cruel todavía que lo inhabilitó para ejercer su oficio. Se vigozaron sus nervios, su inteligencia despertó reanimada y fuerte, y volvió á la vida por decirlo así. Curacion extraña fué la suya, y tanto efecto produjo y tanta sorpresa en todos, que cuando se presentó por primera vez en besamanos, como habian hablado de él los últimos tiempos cual de un hombre que hubiera muerto; lo miraron del propio modo que si volviera del otro mundo. Treinta meses hacia que no se dejaba ver de nadie.

No era él quien ménos tuviera que sorprenderse de los cambios ocurridos en aquellos dos años y medio. Todo cuanto veia era nuevo y diferente de

lo que habia dejado al partirse de Londres, á empezar por el Ministerio cuyo personal, si no cambió por completo en un dia mismo, habia sufrido tantas modificaciones y reformas, que lord Chatham no conocia su obra. Townshend habia muerto; lord Shelburne hubo de abandonar su puesto á virtud de un decreto de separacion; Conway estaba reducido á la nulidad y á la impotencia; el duque de Grafton, en manos de los Bedford, y éstos á su vez, que habian rendido á Grenville y acabado con él, en paz con el Rey y sus amigos, y dueños de los empleos y cargos públicos. Lord North era canciller de Hacienda, y su importancia crecia por momentos; la Córcega estaba en manos de la Francia, que se apoderó de la isla sin lucha; las querellas con las Colonias, más enconadas que nunca, y durante las elecciones que acababan de verificarse, á pesar de hallarse Wilkes fuera de la ley, habia vuelto á Inglaterra, presentado su candidatura y sido electo por el distrito de Middlesex. Las masas lo querian como siempre; pero la camarilla de palacio, que lo aborrecia más y más, resuelta á perderlo, no reparaba en su saña que para lograr esto tendria que minar los cimientos mismos de la ley fundamental. Entonces fué cuando la Cámara de los Comunes, atribuyéndose autoridad que sólo corresponde legalmente á entrambas, tomó sobre sí la responsabilidad de incapacitar á Wilkes de ir á ella; y no pareciendo esto bastante, trató de poner á otro en lugar suyo. Rehusaron los electores designar persona que fué grata en palacio, y en vista de su actitud la Cámara se ocupó de proveer á la necesidad; hecho indigno que aun siéndolo mucho no fué único de la mala voluntad de la camarilla, ni la más vergonzosa tampoco de sus obras. Las cuales, unidas á otras muchas con-

causas, habian producido universal descontento en el país, que acrecentaron los enemigos de la situacion, merced á estimulantes tan fuertes y eficaces como nunca se aplicaron ántes á la opinion pública. Por aquel tiempo entró en liza *Junius* (1), hollando de tal modo á sir William Draper, hiriendo tan profundamente á Blackstone, y deshaciendo en tan menudos pedazos la reputacion del duque de Grafton, que su excelencia sentia náuseas de pensar en el poder, no teniendo más proyecto ya que uno: el de retirarse á las frondosas y sombrías arboledas de Euston. Por lo demas, todos los principios de política exterior, interior y colonial que tan caros habian sido á lord Chatham, fueron violados durante aquel eclipse de su talento por el mismo Gobierno que formó.

Los años que le restaban de vida los empleó en luchar estérilmente contra esta política fatal, tarea que pudo haberse ahorrado no favoreciéndola cuando debió destruirla de un golpe; mas el fruto de sus improbos esfuerzos quedó reducido á salvar su nombre de ruina, quedando estériles de todo punto para su patria.

Encontró dos partidos en órden de batalla contra el Gobierno, el de los Grenvilles y el de lord Rockingham, y aun cuando ambos se acordaban respecto del asunto del Middlesex, en órden á otros muchos de grande importancia estaban tan discordes entre sí como eran los dos opuestos á la corte. Perseguian los Grenvilles á los Rockinghams, de mucho

(1) Llamábase Felipe Francis este distinguido publicista, que despues pasó á la India en calidad de consejero durante la administracion de Warren Hastings. Véase el tomo XVI de esta *Biblioteca*, estudio sobre Warren Hastings.—N. del T.

hacia, en la prensa por medio de libelos acerbos y sangrientos. Tardaron los Rockinghams en contestar y volver por su honra; pero un malicioso folleto inspirado por Grenville y titulado *A State of the Nation* triunfó de su paciencia, poniendo la pluma en manos de Burke, quien defendió y vengó á sus amigos con habilidad y energía extraordinaria, quedando por vencedor en todo, y aún más al tratar de las cuestiones de Hacienda, en las cuales se fundaba principalmente la fuerza y el prestigio de Grenville, dejándolo fuera de combate. Gesticulaba y profería gritos de dolor y de vergüenza todavía Grenville cuando apareció lord Chatham en la palestra. Nada hubiera sido eficaz entónces á poner paz entre los combatientes, y muy difícil á lord Chatham aliarse á ninguna de las dos facciones enemigas; pero, no obstante, á pesar de las afrentas hechas y recibidas, como quiera que sus inclinaciones lo llevaban hácia el partido de los Grenvilles, por ser en él fortísimos los lazos de familia, y su carácter benigno aunque altanero, y aún cuando entre sus cuñados y él existían diferencias de apreciación en lo tocante al impuesto colonial, acabó por reconciliarse con ellos. Chatham hizo una visita á Stowe, allí se dieron las manos, y los propietarios del condado de Bukingham pudieron brindar en sus banquetes á la unión de los tres hermanos.

Cierto es que las opiniones de lord Chatham lo acercaban más á los Rockinghams que á sus parientes; pero no lo es ménos que había entre aquellos y él un abismo difícil de salvar, pues les había inferido profundas heridas que causaron también inmenso daño á la patria, en razón á que cuando la balanza oscilaba entre la corte y los de Rocking-

ham, él echó todo el peso de su fama, de su talento y de su popularidad en el platillo donde se habían puesto las probabilidades del mal gobierno. Bueno será decir también que muchos hombres de cuenta entre los de Rockingham recordaban todavía con amargura el tono despreciativo y descortés que usó al tratar de ellos cuando tomó la dirección de los negocios públicos, y los folletos y discursos de Burke, y más todavía sus cartas particulares y conversaciones declaraban claramente que su mala voluntad por Chatham la inspiraba el odio. Pero Chatham, que tenía conciencia del error cometido y deseaba repararlo, pasó por el trance de ver acogidas sus primeras explicaciones, á pesar de la forma sincera, franca, espontánea y hasta humilde que usó con lord Rockingham, de una manera fría y adusta. Con el tiempo se hicieron más afables las relaciones de ambos y llegaron á ser hasta casi amistosas; pero sin olvidar el ofendido la memoria de lo pasado.

No quedó solo por eso Mr. Pitt, pues de allí á poco lo rodeaba una falange, si no fuerte por el número, sí por la grandeza y variedad de talentos de sus individuos. En ella figuraban lord Camden, lord Shelburne, el coronel Barré y Mr. Duning, que fué más adelante lord Ashburton.

La inteligencia de lord Chatham no sufrió la menor alteración ni menoscabo desde entónces hasta pocas semanas ántes de su muerte, al ménos todo parece indicarlo así, y fué su elocuencia tan arrebatadora como siempre. No era, sin embargo, la suya ocasionada en modo alguno á la Cámara de los Lores. Porque sus arengas majestuosas y vehementes, llenas de movimiento y de vida; su acción teatral, su mirada trágica, sus acentos propios de Garrick ó de Talma, holgaban en un pequeño re-